

Después de una ausencia de varios meses...

llegan a Madrid 30 enfermeras de la

División Azul

Por JUAN DE DIEGO



NUESTRA DELEGADA NACIONAL RECIBE, EN LA ESTACIÓN DEL NORTE, DE MADRID, A LAS CAMARADAS ENFERMERAS

de 1941 y hemos abandonado Alemania el 12 de julio de éste.

—Pero con mucha pena, chiquillo.—Esta que habla es Marisa Herrera, una andaluza de ojos vivarachos, muy despierta y optimista. Hubiéramos querido quedarnos allí hasta el final.

—Y los heridos y los Directores, y hasta los rusos prisioneros que teníamos para servicios auxiliares querían también que nos quedásemos—tercia Rafaela Cuesta, una preciosa morena, muy simpática, de agradabilísima voz metálica—. ¡Había que ver cómo lloraban todos el día que nos despedimos.

—¿En qué Hospitales habéis prestado servicios?

—¡Casi «ná»! Pues en un horror de ellos, hijo. En Koenigsberg, Vilna... Lo que te digo: en muchos.

—Y en todos ellos trabajando de firme. Donde teníamos servicios auxiliares, bueno; pero en otros, teníamos que barrer y que fregar... y que hacer todo.

—¿Y los rusos prisioneros os ayudaban?

—Ya lo creo; y encantados de estar entre españolas. Nos hablaban de su *mamascha*, de sus proyectos para cuando volviésemos a su casa después del triunfo alemán y nos regalaban iconos.

—¿Pero no os daban miedo?

—¿Miedo? ¡Si son como corderillos!

Deseosos de saber más detalles y cosas curiosas, aprovechamos la pausa que ha producido su risa para cambiar de conversación:

—Bueno, y... ¿os habéis traído muchos novios alemanes?

Las tres, a un tiempo, responden:

—Ninguno. ¡Si no saben más que alemán!

—Eso no importa—argumentamos—. Aquí nos han dicho que las enfermeras españolas habéis causado verdadera sensación y que os han salido muchísimos pretendientes...



UN ACTO DE CORDIAL CAMARADERÍA EN EL QUE PILAR CONVERSA CON LAS VALIENTES CAMARADAS

SON las nueve de la mañana—las siete de sol—, y aunque no hace precisamente fresco, tampoco podemos decir que el calor—ese calor pegajoso del mes de julio madrileño—sea demasiado fuerte.

La estación del Norte rebosa de viajeros, unos ficticios, de esos que, teniendo que quedarse forzosamente en la ciudad, se consuelan con ver partir los trenes hacia tierras de verdes prados o arenosas playas, y otros, seguros veraneantes, que van y vienen por los andenes, sonrientes y jactanciosos, como si quisieran causar envidia. Por todas partes nos envuelve un rumor alado de percal, trajecitos sufridos, muy de verano, generalmente con dibujos de flores silvestres, a los que son muy dadas a usar en esta época las jovencitas españolas. En la pared del fondo la Sección Femenina ha colocado un gran cartel, con las cinco flechas a un lado y la cruz gamada al otro, de salutación a las entusiastas camaradas que vienen de Rusia.

Camisas azules y boinas rojas, familiares con caras de sueño—consecuencia del madrugón dado por llegar a tiempo—, jerarquías de ambos sexos que miran y remiran incansablemente el reloj, confusión de voces y gritos..., hasta que, al fin, un prolongado pitido anuncia la entrada en el recinto de la estación del sudexpreso de San Sebastián.

Como siempre, la vía por que viene el tren no corresponde al andén en que nos hallamos, y a prisa y corriendo, precipitadamente, tenemos que cambiar de sitio.

Una señora, a nuestro lado, inicia una serie de gesticulaciones precursoras del llanto. El señor que la acompaña y que debe ser su marido, visiblemente emocionado y a punto de brotarle las lágrimas, con voz temblorosa le pide fortaleza; y un niño—ese inevitable niño de cuello largo y que siempre va muy repeinado, infatigable oteador de trenes cuando está en la estación—exclama:

—¡Allí vienen! ¡Míralas, papá, allí vienen!

Efectivamente; en la hilera de vagones hay uno que se destaca de los demás por el rojo de las boinas. Las treinta y cinco voluntarias, asomadas a las ventanillas, agitan al aire sus brazos morenos, ríen abiertamente... Y un joven de unos veinte años, algo apartado del matrimonio a que antes nos hemos referido, se estira sobre las puntas de los pies, y sin que nos expliquemos la causa, se pone colorado como un disco de señales luminosas.

Lentamente para el tren. Por unos momentos los gritos patrióticos atruenan el espacio. La señora que está a nuestro lado, grita:

—¡Allí! ¡Allí!—Y corre por el andén, seguida del marido y el niño—. ¡Hija mía!

—¡Mamá!... ¡Papá! ¡Antoñito!... ¿Cómo estáis?

Sin paciencia para esperar se dan las manos por la ventanilla y ríen y lloran en verdadera profusión de matices. El joven, que ya adivinamos quién es y que no se atreve a acercarse, se muerde las uñas con nervosismo...

Al descender del tren se arma la consiguiente confusión de saludos, abrazos, preguntas sobre las incidencias del viaje y respuestas. Aurelita Segovia, Jefa de la expedición, conversa con Pilar Primo de Rivera y las otras jerarquías que han acudido a recibir las. Nosotros a duras penas logramos apartar a tres chicas encantadoras para que nos cuenten cosas interesantes. Se llaman Marisa Herrera, Rafaela Cuesta y María Luisa Cooki.

—¿Cómo ha sido el viaje?

—Espléndido; pero demasiado largo.

—¿Cuánto tiempo habéis estado fuera de España?

—Un año. Salimos el 22 de agosto



SONRISAS EN EL RETORNO... FELICITACIONES Y BIENVENIDAS. TODO LO MERECE LAS ABNEGADAS ENFERMERAS

—¡Digo! Eso sí que sí. Para algo somos españolas y tenemos esta gracia que Dios nos ha dado y que nadie más la tiene en el mundo... Pero, precisamente por ser españolas y estar fuera de nuestra patria, no hemos hecho caso a ninguno. Todo lo contrario de lo que ha pasado con nuestros soldados, que, el que más o el que menos... ¿qué voy a decir tres? ¡Una docena de novias se ha dejado!

—Pero pretendientes hemos tenido muchos—nos dice María Luisa Cooki—. A ésta—y señala a la andaluza de ojos vivarachos—se le declaró cinco veces seguidas un oficial.

—Y que era de muy requetebuena posición. Pero se me declaraba en alemán, y claro, pues como si me hablase en chino... Hasta que un día, cansado de oírme decir *ya, ya, ya...*, que quiere decir *sí*, como ustedes sabéis, y que era lo único que yo sabía decir en su lengua, me trajó tres intérpretes, ¡nada menos que tres!, y los tres al mismo tiempo me estuvieron cantando en español el amor que el oficial sentía por mí.

—¿Y qué pasó entonces?

—¿Pues qué iba a pasar? Que inmediatamente cambié de repertorio y le dije en su idioma que *nein*.

En este momento, Aurelita Segovia, acompañada de las jerarquías y el resto de las enfermeras, rompe la marcha hacia la salida, donde las esperan varios coches para trasladarlas al hogar que la Sección Femenina tiene en el paseo del Cisne, donde se alojarán durante su estancia en Madrid las que son de provincias.

En la puerta volvemos a encontrarnos con el matrimonio y el niño—Antoñito, creemos que le llamó su hermana desde la ventanilla del vagón—. Los cuatro se abrazan amorosamente y, menos el niño, que se las da de muy hombre, todos lloran emocionados. Y el joven que respetuosamente se hallaba apartado en el andén sigue guardando las distancias. Pero, de pronto, ella le ve, y llena de alegría abandona a sus padres

(Continúa en la página 49)